

á todos los grandes personajes eclesiásticos y magistrados. Las puertas de Nuestra Señora de los Angeles se abren con ceremonia y el pueblo se precipita al templo con una pasión, un delirio de que es difícil formarse una idea. Ya son invocaciones, ya cánticos, ya lágrimas. Cada uno, á su modo, atestigua á María, reina de los ángeles y de los hombres, su amor, su respeto, su reconocimiento; es imposible no estar profundamente conmovido con un espectáculo semejante. 1

Asís nos presentó á cada paso los recuerdos de San Francisco. Visitamos sucesivamente la iglesia y el monasterio de Santa Clara, primera abadesa de las Clarisas, y cuyo cuerpo descansa bajo el altar mayor, rodeado de frescos del Giotto; á San Damian, en donde vimos la puerta amurallada desde la cual Santa Clara, armada con el Santo Sacramento, rechazó á los Sarracenos, ya dueños de la ciudad, y el convento y la doble iglesia de San Francisco.

Con gran disgusto nuestro no pudimos dar más que una rápida ojeada á aquella perla de la Italia, porque aquí está la obra maestra de la escuela Umbriana y el verdadero santuario del arte católico. El convento, con sus maravillosos claustros y su refectorio, el más soberbio de los refectorios, corresponde en sus proporciones y en sus frescos de Adone Domi y de Solimeno á la magnificencia de la iglesia. La iglesia misma es una epopeya que traza la vida del santo en su doble faz del tiempo y de la eternidad. La iglesia inferior, imagen de Francisco en la tierra, respira la tristeza, la pobreza y la penitencia. En las divisiones de la bóveda del crucero veis los inseparables compañeros, ó por mejor decir, la personificación del glorioso patriarca, la santa pobreza, la santa obediencia, la santa castidad, y más arriba la

1 Vie de San Francois, c. XI, passin.

glorificación de Francisco sentado en un trono de oro, radiante de luz, revestido con la rica túnica de diácono y rodeado de los coros angélicos que celebran su triunfo. La vista admira aquellas obras maestras, el corazón ruega ante aquellas figuras y el espíritu pregunta quién fué el autor de aquellas páginas inspiradas.

En 1250 estaba en Asís el patriarca de la pintura, Cimabue, pintando las grandes figuras byzantinas de la iglesia superior. Un día, paseándose por el campo de Ves-pigniano, encontró un pastorcito que dibujaba en una piedra plana una oveja de su rebaño; éste era el rey futuro del arte católico, y se llama Giotto. En la plenitud de su inimitable talento ha pintado con amor filial las grandes figuras, ante las cuales seis siglos han quedado mudos de admiración. Giotto, por su parte, superior á Giotto tal vez en la forma, la armonía y el sentimiento, ha depositado el tributo de su génio en la historia de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, que adorna el crucero recto de la iglesia inferior. Estéban Fiorentino, Puccio, Capanna, Buonamico, Buffalmacco y muchos otros han venido á escribir algunas líneas en este gran poema. Uno de ellos expresaba así el pensamiento de todos: "Nosotros los pintores, al trabajar en este santuario de las bellas artes, no nos ocupamos de otra cosa más que de hacer santos y santas sobre las paredes y los altares, á fin de que por este medio los hombres, con gran pena de los demonios, sean más inclinados á la virtud y á la piedad." En horabuena; hé ahí á los artistas comprendiendo su misión, la misión del génio.

La iglesia superior, brillante, luminosa, imagen de Francisco en los esplendores de la eternidad, forma un hábil contraste con la iglesia inferior. Cimabue pintó allí á los cuatro doctores, San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio, y San Gerónimo,

risueño valle de la Umbría y regada por el Clitumno, el Lapino y el Maroggia. Ella ofrece á la curiosidad del viajero su *Casa Pia*, muy bello establecimiento destinado á recoger á las niñas vagamundas, y su majestuosa catedral, algo deteriorada por el temblor de tierra de 1832; sus iglesias de los Franciscanos y de los Agustinos, así como el convento de las Condesas en donde se encontraba, antes de ser trasladada á Roma, la famosa madona de *Foligno*.

Aquí también seguimos á la Iglesia primitiva por la huella de su sangre. La irradiación de la verdad, cuyo foco estaba en Roma, se hizo sentir en Foligno desde los tiempos apostólicos. El año 192, el Papa Víctor mandaba allí un obispo para que cuidara de aquella cristiandad naciente, es decir, un pastor que debía defender á precio de su sangre á los corderos recién nacidos en el divino rebaño; este obispo se llamaba Feliciano. Después de once años de trabajo llegó á ser el santo prelado un glorioso mártir. Inmolándole Séptimo Severo á su ciega crueldad, pudo lisonjearse de haber afirmado la fe de aquel joven rebaño. La sangre del pontífice será un grano de semilla, y de este grano, reunido á tantos otros, saldrá una cosecha que en vano intentarán reducir á nada los señores del mundo. Nos consolamos de no poder honrar sus reliquias al pensar que la Francia tenía la dicha de poseerlas. Fueron trasladadas á Metz en 969 por el obispo Teodorico, bajo el reinado del emperador Oton.

1º DE ABRIL.

San Francisco de Asís.—Spello.—Santa Marta de los Angeles.—Indulgencia de la Porciúncula.—Fiesta.—Asís.—Iglesia y convento de San Francisco de Asís.—Vuelta á Foligno.

Estábamos muy cerca de Asís para no visitar este paraíso del Apenino, este Eden

de la Edad Média, de donde salió uno de los hombres más maravillosos que la Providencia ha empleado alguna vez en la regeneración del mundo; ya he nombrado á San Francisco de Asís. Seiscientos años han pasado desde la aparición del Seráfico; y como un dulce perfume, su recuerdo embalsama todavía todos aquellos valles, aquellas montañas, aquellas ciudades, aquellas aldeas, aquellas soledades de la Umbría. Cuando se está en el camino que él recorrió tantas veces descalzo con la cuerda en la cintura y el tosco sayal en el cuerpo, parecen oírse alrededor los ecos que repiten las palabras que fueron dirigidas al nuevo caballero de Jesucristo, al esposo de la santa pobreza, al futuro sostén de la Iglesia vacilante. Era uno de los primeros años del siglo décimotercio tan fecundo en milagros de santidad, de génio, de heroísmo. Francisco se paseaba meditando en el campo y pensaba alistarse en las tropas de Gautier de Brienne, que marchaba contra Nápoles. Repentinamente oye una voz que le dice: "¿Qué haces, Francisco? Ve y repara mi casa, que como ves, está en ruinas." 1 Francisco cae de rodillas, pero impidiéndole su humildad entender el alcance sublime de aquellas divinas palabras, las toma en un sentido material. Parte inmediatamente para Foligno, vende allí hasta su caballo y lleva el precio de él al sacerdote Pedro, guardián de la vieja iglesia de San Damian, conjurándole á que lo emplease en la restauración de su iglesia. Nosotros estábamos en los mismos lugares en donde todo esto pasaba.

Ya llegábamos á Spello, distante cuatro kilómetros de Foligno. Esta pequeña ciudad, llena toda de antigüedades romanas,

1 Corporeis audivit auribus ter dicentem: "Francisce, vade, et repara domum meam quae, ut cernis, tota destruitur." S. Buenaventura, *Vita S. Fr.*, c. II.

pudo detenernos un instante, pero sin distraernos del pensamiento que nos preocupaba.

Muy pronto descubrimos en medio de la llanura una magnífica iglesia y un vasto monasterio, cuyas proporciones grandiosas y puras recuerdan al Bramante y á Vignola. Esta iglesia es Nuestra Señora de los Angeles, tan humilde como pobre, pero revestida con el manto de reina. Bajo la gran cúpula se encuentra la maravillosa, la querida Porciúncula, perfumada todavía con la presencia de Francisco. Allí es donde ha orado, donde ha llorado, donde ha recibido de Dios la gracia de fundar una grande orden en la Iglesia. ¡En verdad que este lugar es santo! Todas las generaciones han pasado por allí y han sentido descender sobre ellas la fuerza, la resignación, la esperanza. Nuestro Señor Jesucristo lo había prometido á su siervo Francisco y su palabra es eterna. 1 Como su nombre lo indica, la Porciúncula no era en su origen más que una pequeña iglesia, ó más bien una porción de iglesia. A instancias del obispo de Asís, fué dada de limosna á San Francisco y á su Congregación naciente por el abad de los Benedictinos de Monte-Subazio. Hoy es uno de los magníficos templos y uno de los más venerables santuarios de la Italia. Su gloria le viene de la vision de San Francisco que el cincel de Owerbeck ha reproducido en un fresco, obra maestra del renacimiento católico del arte.

La vision fué ésta: En el mes de Octubre del año 1221, Francisco, prosternado en su celda, rogaba á Dios con lágrimas por la conversión de los pecadores, cuando fué advertido por un ángel para que fuera á la iglesia. Allí encontró á Nuestro Señor, á su Santísima Madre y á una multitud de espíritus celestes. «Francisco, le

1 *Vida de San Francisco* por M. Chavin, c. XI, p. 180.

dijo el Salvador, vos y vuestros hermanos teneis un gran celo por la salvación de las almas; vos habeis sido colocado como una antorcha en el mundo y el sostén de la Iglesia. Pedid, pues, lo que querais para bien de los pueblos y gloria mia.» Francisco pidió para todos aquellos que visitasen aquella iglesia, una indulgencia plenaria de sus pecados despues de haberse confesado y comulgado. La Madre de las misericordias se inclinó hácia su Hijo, quien contestó á Francisco: «Os concedo lo que pedís, pero que esto sea ratificado en la tierra por aquel á quien he dado el poder de atar y desatar.» Al dia siguiente salió Francisco para Perugia, en donde estaba el Papa Honório III, á quien pidió la indulgencia. El Papa le dijo: «Francisco, vos pedís algo grande que no ha estado en uso.—Santo Padre, respondió Francisco, no os lo pido en mi nombre, sino en nombre de Jesucristo que me ha enviado.—Que se haga segun vuestro deseo, dijo el Papa; esta indulgencia será para todos los años perpetuamente, pero solo un dia.» Dos años despues, Nuestro Señor se dignó fijar él mismo el dia de la indulgencia, y dijo á Francisco: «Este dia será desde la tarde del dia en que el apóstol San Pedro se encontró libre de sus cadenas, hasta la tarde del dia siguiente.» 1 Y los coros de los ángeles cantaron el *Te Deum*. Francisco salió para Roma y un milagro brillante confirmó la indulgencia en el dia señalado.

Desde hace seiscientos años todas las poblaciones de la Italia y numerosos peregrinos de todas las partes de la Europa y del mundo, acuden á aquella fiesta de misericordia y de gracia. No pudimos ser testigos de ella. Un viajero católico, más

1 *Volo quod sit dies illa in qua beatus Petrus fuit a vinculis absolutus, incipiendo a secundis vespers illius diei usque ad vespers sequentis diei includendo noctem.*—Barth. de Pisa, fol. 198.

y los grandes frescos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Se atribuyen á Margaritone las grandes figuras que adornan los lados de una ventana. El amigo, el condiscípulo de Rafael, Aluigi de Asís, cuyo maravilloso talento le valió el renombre de *l'Ingegno*, el Ingénio, suspendió en las bóvedas de la capilla de San Luis los inimitables grupos de las cuatro Sibylas y de los cuatro Profetas.

La misma iglesia, primer monumento gótico de la Italia, respira el simbolismo profundo de los templos del Norte. Es doble, y sabemos la razon misteriosa de ello. Está edificada segun el modelo de la cruz y ofrece ademas en su parte inferior la figura misteriosa del TAO, 1 impresa sobre la frente de San Francisco; está dedicada á María, Reina de los Angeles y á los Santos Apóstoles; tiene sus muros de mármol blanco, para significar la pureza de María y de los ángeles, y sus doce torrecillas de mármol rojo en memoria de la sangre derramada de los Apóstoles. 2 Despues de habernos prosternado, á imitación de tantos millones de peregrinos, ante el sepulcro de San Francisco, el más glorioso despues de el del Calvario, dice un historiador, nos dirigimos al lugar mismo en que nació aquel hombre único en los anales del mundo. Francisco nació en un establo, y fué acostado en paja como el divino Maestro de quien había sido tan perfecto imitador. Encima de la puerta de aquel lugar venerable se lee:

Hoc oratorium fuit bovis et asini stabulum
In quo natus est Franciscus, mundi speculum.

«Este oratorio fué un establo del buey y del asno; y en él nació Francisco, espejo del mundo.»

Desde las alturas de Asís saludamos á lo lejos á Perugia y á sus monumentos etruscos; al lago de Trasimeno y á Aníbal

1 Cruz de la orden de San Antonio Abad.
2 *Hist. sacr. Conv. Assis.*, p. 26.

vencedor, y á Flaminio vencido y las elevadas cimas del Apenino con su ermita de los camaldulenses y su convento de Monte-Corona, habitado por los hijos de San Romualdo, en los cuales se reúne el tono, el lenguaje y las maneras distinguidas de la buena sociedad, á la humildad de los anacoretas y á la caridad de los religiosos hospitalarios.

Al volver á Foligno, nos parecía contemplar cerca de Nuestra Señora de los Angeles, en la llanura, aquellos cinco mil religiosos discípulos de San Francisco, que vinieron á capítulo general el año de 1219. A vista de este ejército, alojado no lejos de Chiascio, en las cabañas hechas con tejido de paja y de junco, y acampado alrededor de su jefe, no puede dejar de admirar la milagrosa propagación de aquella orden y de preguntarse cual fué su razon providencial. Seria necesario, para desarrollarla, contar la historia de la Edad Média. Baste decir que la predicación viviente de las virtudes evangélicas, era sentido vivamente en su oportunidad y en su necesidad, entre las poblaciones de la Europa y sobre todo de la Italia. Arrojar las herejías que bajo mil diversos nombres se deslizaban por partes; restablecer la paz entre los príncipes, las ciudades y las repúblicas, secando con ilustres ejemplos las fuentes fecundas de todas las guerras, la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la concupiscencia del oro, tal era entonces la gran necesidad del mundo. Francisco y Domingo se encargaron de esta misión; la cumplieron, y la faz de la tierra se encontró renovada. ¿Por qué pues admirarse de que la voz unánime de los pueblos haya saludado con transporte á aquellos dos enviados del cielo, y de que las artes á porfía hayan celebrado sus beneficios, y la Iglesia haya coronado sus virtudes?